

geológica del suelo y del subsuelo, tienen gran influencia sobre las fuerzas productivas.

Se comprende bajo el nombre de materiales de la Naturaleza, á los tres reinos de ella.

Aún en medio del salvajismo vemos al hombre aprovechando ya á los animales para su alimento; más tarde los utiliza también para otras cosas, como por ejemplo, para la carga, para tirar carruajes. Animales hay que le sirven para la satisfacción de necesidades de un orden más elevado, como por ejemplo, las aves, que le proporcionan un placer con su canto. Las materias brutas tienen diferentes grados de utilidad, su escasez es absoluta ó relativa; unas están por sí solas propias para el consumo, pero duran poco, como las frutas silvestres; otras demandan trabajos de pesquisa y de apropiación, como los minerales y las maderas, pero tienen mayor duración.

Las fuerzas de la Naturaleza son orgánicas, como el poder vegetativo del suelo; inorgánicas, como la pesantez; mecánicas como las corrientes, las caídas de agua, la fuerza del viento, y por último, la fuerza expansiva del vapor y de los gases.

Como la fuerza humana es insuficiente para mover y transportar las materias primas en la proporción y con la velocidad que requieren hoy las necesidades sociales, se ha recurrido al empleo de estas fuerzas de la Naturaleza dominadas y dirigidas por la inteligencia del hombre.

Así pues, la Naturaleza da la vida al hombre, pues por ella tiene el aire que respira, ondas de luz que hiriendo su retina, alientan el más bello é interesante de sus sentidos, agua para apagar su sed, frutos para saciar su hambre; y al ofrecerle su fecundo seno lo induce al trabajo, esperando solamente que llegue á ella para darle, no sólo lo indispensable para subsistir, sino lo necesario para pro-

veer á su trabajo, á sus deseos, á sus aspiraciones y aun á sus caprichos mismos. Le da pródiga cosecha para su alimento, selvas y praderas para su recreo, montañas donde encuentre caza. En el interior de su seno le reserva metales, carbón, cantera, para que los modifique y los adapte á sus necesidades. En los mares, en los lagos y en los ríos encierra preciosísimas perlas, rojos corales, peces alimenticios, nacaradas conchas, y todo para el uso del hombre, y todo para su provecho.

Pues si tantos beneficios recibe, es necesario que con algo corresponda, que trabaje, tanto más cuanto que el trabajo será para él un beneficio, pues desde el punto de vista económico no es el trabajo para el hombre un objeto fatal, sino un medio agradable y necesario para satisfacer sus necesidades: es la aplicación mediata ó inmediata de sus facultades á la producción.

El trabajo no debe ser considerado como una pena, ni aún desde el punto de vista físico, pues si en el momento causa fatiga, ésto no es nada, porque después trae consigo el desarrollo físico del hombre, lo que le da mayor aptitud para desempeñarlo, causándole por lo tanto provecho. Ahora, estudiando el trabajo desde el punto de vista moral, veremos que proporciona la satisfacción del cumplimiento del deber ó el placer intelectual de los conocimientos que de él derivan. Es el trabajo el mejor preservativo contra los vicios, el amigo inseparable de la moral y la principal causa de la civilización. ¿No debemos acaso al trabajo de los sabios el desarrollo de las ciencias? ¿no debemos al trabajo de los artistas el progreso de las artes? ¿y no debemos al trabajo de los obreros el que nuestras primeras necesidades estén perfectamente satisfechas? ¿no debemos, en fin, al trabajo de todos nuestros antecesores cuanto hoy disfrutamos de bello, de útil y de indispensable?



Nosotros no podemos corresponder á las generaciones que nos han legado tantos descubrimientos, tantas bellezas, tantas utilidades, sino con evocar respetuosamente su memoria; pero en cambio hoy trabajamos para cooperar á la felicidad y bienestar de nuestra generación, de la generación que hoy está en su infancia y de las que á ella sucedan. ¿Y cómo no trabajar si todo parece invitar al hombre al trabajo? ¿Si todo cuanto lo rodea es vida y movimiento? Por cualquier parte por donde dirige la vista encuentra en qué emplear su actividad. Parece que hay alguien que sin cesar le repite: Trabaja! un beneficio es el trabajo, consigo traerá nuevos beneficios!

Perdonadme si al llegar á este punto he hecho una ligera digresión, pero ¿no es verdad que todos tributáis una especie de cariño, de gratitud al trabajo y sentís deseo de él?

Empecemos, pues, á considerarlo económicamente.

El trabajo es físico ó intelectual según que se pongan en actividad las facultades espirituales ó la fuerza muscular del hombre.

El hombre produce riqueza, según ya indiqué, por el concurso de su trabajo actual y de un trabajo anterior cuyos productos ha conservado, como son útiles, maquinarias, dinero, etc.

Para esto se necesita el auxilio de varios conocimientos, por lo que se han distinguido tres grados en las funciones productivas del trabajo: el trabajo del sabio, el del empresario y el del obrero. El sabio descubre propiedades desconocidas de la materia, acumula datos teóricos é inventa instrumentos y procedimientos; el empresario, aplicando los trabajos del sabio, determina las necesidades que deben satisfacerse, coordina y dirige hacia un fin los elementos productivos: el obrero, por medios mecánicos, realiza los planes del sabio y del empresario, es decir, ejecuta. El trabajo, para dar los resultados satisfactorios, de-

be ser hábil por lo que respecta al conocimiento práctico del trabajador; inteligente, por lo que concierne á su conocimiento teórico, y regular, por lo que se refiere á la continuidad y método de la labor.

Debe considerarse como fruto del trabajo del hombre, toda la fuerza empleada por él para la producción de la riqueza.

Desde el punto de vista técnico se dice que todo trabajo que crea una riqueza es productivo; desde el punto de vista económico sólo es productivo el trabajo que manobra una cantidad de riqueza, cuando menos igual á la que ha sido necesaria para producirlo. Hay trabajos productivos para los individuos que los ejecutan y que no lo son para la sociedad y vice-versa. Hay trabajos que son no sólo improductivos sino perjudiciales tanto individual como socialmente. Para que un trabajo sea lo más productivo posible deben observarse tres reglas: trabajar en el mejor tiempo, (ej.: bordar durante el día,) en el mejor lugar (ej.: sembrar en una tierra fértil) y de la mejor manera; para esta última circunstancia se requieren dos condiciones, que son: ciencia y división del trabajo. La ciencia nos hace entender las causas de las cosas, nos enseña el camino que debemos seguir para lograr nuestros deseos ó propósitos, nos permite trabajar con ahorro de tiempo y esfuerzos, y nos demuestra algunas veces que lo que deseamos no es posible, así como otras veces nos conduce á descubrir cosas cuya ejecución hubiéramos creído imposible. La segunda circunstancia para trabajar de la mejor manera, ó sea la división del trabajo, es uno de los asuntos más importantes de que se ocupa la Economía Política, es una de sus leyes fundamentales.

La división del trabajo consiste en repartir las diferentes funciones productivas entre trabajadores que eje-



cuten oportuna, simultánea ó proporcionalmente sus operaciones. La división del trabajo se llama individual si es entre diferentes individuos, pero como puede ser también entre diferentes países, recibe en este caso el nombre de territorial.

Entre las innumerables ventajas que esta división ocasiona, podemos citar la de la combinación del trabajo, que es sencilla cuando ejecutando todos los mismos trabajos, poniéndose en actividad simultáneamente consiguen un fin, como cuando los marineros bogan en un bote, ó cuando ejecutando todos los mismos trabajos y ejerciendo su actividad oportunamente obtienen un resultado, como cuando en un coro cantan primero unas voces y luego otras, contribuyendo con su exacta oportunidad cada una, á la armonía del sonido. La combinación es compleja cuando trabajando proporcionalmente, ejecutando operaciones diversas, cada uno se propone el mismo fin; así por ejemplo, todos los hombres trabajan en diferentes ocupaciones, proponiéndose el común bienestar y el adelanto.

Empleando una de estas combinaciones ó las dos, se multiplican los productos de una manera prodigiosa, como sucede en las fábricas de los diferentes ramos de la industria.

Por la división del trabajo, se ve el hombre obligado á asociarse y como así tiene estímulo, adelanta moralmente, se empeña en tener iniciativa, cobra afecto á sus semejantes, y tanto por ésto, como por su propio interés, piensa en las necesidades de los demás, aunque sean no sólo extraños, sino extranjeros.

La ley de la división del trabajo, aunque no había sido formulada, existe, como todas las leyes, desde que existe la humanidad, aunque es probable que algunas hayan existido antes que ella.

No obstante la gran utilidad de esta ley, tiene dos desventajas: que tiende á minorar y restringir las facultades del individuo y que se complican los negocios, y cuando se desarreglan son ruinosos para alguien los resultados. A pesar de la segunda desventaja, que recae en los propietarios y capitalistas, uno de los primeros derechos del que trabaja es hacerlo, dónde, cuándo y cómo más le convenga. Estas dos desventajas son tan insignificantes, relativamente, que no desvirtúan la ley.

Las diferencias individuales y las de climas y países conducen naturalmente á la división del trabajo, que aumenta al par que el progreso intelectual y material y que se extiende en todos sentidos, desde el más elevado, hasta el ínfimo grado de la escala social.

Antes de pasar á tratar del tercer elemento de la producción, diremos, que puesto que el trabajo es tan indispensable, debe ser libre.

Afortunadamente en nuestra patria es una prerrogativa del ciudadano, y su ejercicio está garantizado ampliamente por la Constitución.

El capital es el tercer elemento de la producción; es la riqueza empleada en producir más riqueza. El capital, requisito secundario, aunque no es tan indispensable como los dos requisitos primarios, ó sean, agente natural y trabajo, sí es bastante útil, porque sin él no sería posible mantener á los obreros, mientras no hubiera productos. El capital, por consiguiente, no es indispensable para que trabajemos, porque podemos hacerlo sin él, pero sí para que trabajemos con economía y grandes resultados. Un negocio emprendido sin capital, tiene pocas probabilidades de éxito, puede causar hasta la ruina, mientras que emprendido con capital, dará una producción proporcionada á lo que en él se invierta. Disminuye también el



capital la fatiga del trabajo y por su medio tenemos probabilidades de economizar tiempo y esfuerzo. El capital comprende los productos por los cuales, con los cuales y sobre los cuales se efectúa el trabajo.

Todo capital es riqueza, pero no toda riqueza es capital. En la formación de éste hay tres grados: la naturaleza del capital es relativa; el empleo y no la forma es el que la determina, pues una misma cosa puede ser capital y dejar de serlo, según el empleo que se le dé. Un producto se transforma en capital, sustrayéndolo al empleo improductivo.

Una distinción muy importante es la de los capitales fijos y circulantes. Se dice que un capital es fijo cuando su utilidad no desaparece, sino en parte, en cada acto de la producción, pudiendo por lo tanto, servir á producciones sucesivas; es circulante cuando su utilidad desaparece totalmente en cada acto de la producción, y debe por consiguiente reaparecer íntegro en el nuevo producto para cuya creación sirve. No toda propiedad fija es capital; sólo la que ayuda á aumentar la riqueza.

No es tan fácil como á primera vista parece la distinción del capital fijo y del circulante, pues hay capitales que no son ni enteramente fijos, ni enteramente circulantes; lo que puede decirse es que un capital es tanto más fijo mientras más tiempo dura, cuanto más tiempo es útil, y que es tanto más circulante cuanto más pronto se destruye y más pronto exige que se le reemplace.

El capital es el resultado del ahorro; consiste éste en guardar algo para el porvenir, absteniéndose de ello. Ahorraremos mientras no consumimos; sin embargo, si consumiendo con algún propósito para lo futuro, se dice que se convierte el capital circulante en fijo.

Se llama invertir el capital emplearlo en el aumento

de la riqueza; para la inversión, debemos observar dos cosas: la cantidad del capital y el plazo durante el cual se invierta. La misma cantidad de capital se invertirá en pagar á mayor ó menor número de trabajadores si los períodos de tiempo varían, y durante el mismo período se pagarán más ó menos trabajadores si la cantidad de capital varía.

La distribución entre capital fijo y circulante es relativa, pues una misma cosa puede ser uno ú otro, según el empleo que se le dé.

El capital fijo tiene este nombre, porque ordinariamente no cambia durante la producción de lugar, de forma ni de propietario, en tanto que el circulante está sujeto á todos estos cambios.

Todos los capitales que sirven para formar nuevas riquezas son productivos, pero desde el punto de vista económico solamente lo son los que produciendo riquezas, ofrecen una utilidad por lo menos igual á la que ha sido necesaria consumir para su producción.

A pesar de ser el capital un requisito secundario, desempeña un papel muy importante en la producción. Su cantidad, su calidad y su empleo, influyen muchísimo en el progreso económico. Su aumento depende de la acción de causas numerosas que tienen influencia sobre la posibilidad y la voluntad de la abstinencia; causas que varían según el tiempo, el espacio y los individuos.

Si en verdad este elemento constituye el progreso de la civilización, está á su vez sometido á la influencia de este progreso.

La producción tiene límites que dependen del equilibrio que debe establecerse entre sus diferentes elementos; son en parte inevitables, porque derivan de leyes físicas, inmutables; pero pueden en parte ser franqueados por el



adelanto del hombre. Los límites de la producción consisten: en la desproporción entre el trabajo ofrecido y el capital disponible, en la desproporción entre las diferentes especies de trabajos disponibles, en la desproporción entre el capital fijo y el circulante, y por último, en la falta absoluta ó relativa de ciertos elementos naturales de la producción.

Los progresos del arte agrícola pueden impedir ó cuando menos retardar la acción de las causas que limitan la producción, siempre que dependan de la escasez de los elementos naturales; las otras causas pueden ser minoradas por la instrucción y la educación, porque los progresos de la ciencia, de la previsión y de la moral, pueden ejercer una influencia muy poderosa sobre la aplicación más moderna, más segura y más racional de los factores de la producción, y por lo tanto, ensanchar los límites de ésta.

Al terminar con el estudio de la producción de la riqueza, doy fin á este monótono trabajo, porque aunque mi deseo hubiera sido cautivar vuestra atención, estoy segura de que la he cansado bastante, pero ya que no puedo hablar de la distribución, circulación y consumo de la riqueza, diré que en general el progreso económico de un pueblo más constante y rápido es, mientras mejor ligado está, tanto al progreso intelectual como al moral; y podemos decir que todo esto depende de los importantes elementos de que hemos tratado, dependiendo éstos á su vez, uno del clima y fecundidad de las tierras, y los otros dos exclusivamente del hombre.

Pues bien: ya que nuestra Patria encierra en sus límites todas las zonas, todos los climas; ya que su seno es tan rico, tan fecundo; ya que está dotada de todos los bienes y bellezas de la naturaleza, y acaricia á los que bajo su espléndido cielo tienen la dicha de nacer con las brisas que

sus flores perfuman, y los arrulla con el canto de sus aves, justo es que sus hijos la enaltezcan, que le den más gloria de la que tiene conquistada, tributando culto á ese hecho secular y sublime, la civilización, para que religión de tan noble fin se ensanche en su territorio, como se ensanchara en otros siglos, en el mundo, la divina religión de Cristo.

Sí: la civilización animará con su benéfico y misterioso hálito á los mexicanos, para que á la vez que moralizada y fuerte, libre, ilustrada y bella, fulgure radiante al través de los siglos, ésta nuestra inmortal y bendita tierra de Anáhuac.

GUADALUPE RAMÍREZ ESPAÑA.

Julio 4 de 1891.